

# INTRODUCCIÓN

Donde se presenta a Gastón





*La vida baja  
como un ancho río...*

ANTONIO MACHADO

Era un recuerdo borroso, muy borroso.

De noche, cuando la luna llena surgía de las aguas del gran río, inmensa, tan cercana y palpitante como el rostro de una persona amada, las cosas cambiaban.

Apenas un rayo le caía en los ojos, Gastón bajaba de la hamaca y salía al balcón. La luna llenaba todo el espacio alrededor con una luz amiga y familiar, que envolvía al muchacho en un abrazo dorado. Entre los árboles de la orilla, escondidos en la negra espesura, los pájaros piaban, soñando...

Todo el resto era silencio.

La selva, los hombres, los animales dormían. También el Ucayali dormía, aunque sin dejar de fluir tranquilo.

Gastón se apoyaba en la baranda y los recuerdos llegaban por sí solos: el chico se había convencido de que el río mismo se los traía en las noches de plenilunio, cuando a los recuerdos les era más fácil viajar.

Le bastaba ver, en la superficie trémula del agua, esa luz irreal que parecía venir de abajo en vez que del cielo,

y justo entonces aparecía, como por arte de magia, otra baranda, otro río, otra mesa servida. Un pequeño Gastón estaba sentado con las piernas colgando en una silla demasiado alta para su edad. Tenía su cuchara bien empuñada y la golpeaba con insistencia contra el tazón vacío de madera. Sus ojos no dejaban ni un momento de mirar la puerta de la cocina, porque de allí saldría su mamá con su plato preferido.

—¡Chupe! ¡Chupe! ¡Chupe! —repetía el niño, y ya el perfume maravilloso de la sopa de camarones llegaba desde la cocina hasta su nariz.

Gastón podía sentirlo todavía, en esas noches de luna llena, e incluso gustar intacto el sabor en la lengua, en la garganta, bajando dentro del estómago.

—¡Chupe! ¡Chupe! ¡Chupe! —el niño era incansable.

—¡Aquí está, cariño! —decía finalmente una voz alegre. La mamá aparecía inmediatamente detrás de una sopea humeante y la ponía sobre la mesa. Tomaba el cucharón y lo zambullía dentro, revolviendo lentamente por última vez.

—¡Con muchos camarones y pocas papas! —gritaba el pequeño Gastón—. ¡Por favor, mamá!

—¡Y yo, entonces, con muchas papas y pocos camarones! —decía el papá, con voz falsamente descontenta.

Después también la mamá se sentaba a la mesa y los tres comían en silencio, dejando que fuera el chupe de camarones quien hablara por ellos con todo su intenso sabor...

A veces, justo en medio de ese recuerdo nocturno, una mano amiga se apoyaba sobre el hombro de Gastón. Era fray Obdulio, que regresaba de sus plegarias nocturnas.

—¿En qué piensas? —preguntaba el fraile.

—En nada —respondía Gastón.

—Debe ser una nada muy interesante, dado que te tiene aquí, de pie en la noche. Pero si quieres quedarte todavía, ponte una chaqueta. ¿No sientes la humedad?

Mas el río no tenía otros recuerdos que llevarle, solo ese del chupe humeante en la terraza de su casa. Los rostros de los padres permanecían envueltos en la penumbra y nunca lograba verlos con claridad. Era culpa de la luna que se alzaba siempre demasiado rápido en el cielo. O quizá del río, que corría tan lento en el inmenso verdor, como si no estuviera ansioso de encontrarse con el Marañón para formar el Amazonas.

Regresaban juntos al instituto, Gastón y fray Obdulio, conversando en voz baja. Después se separaban: el fraile se retiraba a su celda y el muchacho regresaba a echarse en su hamaca, en la gran habitación llena de niños dormidos. Durante el sueño te olvidas de estar infelizmente solo.